

JUEVES SANTO

de 1938

---

---

HORA SANTA

---

---

para uso privado  
de la A. J. M.

Suplemento  
de  
«Lilium inter spinas»

JUEVES SANTO

de 1938

---

---

HORA SANTA

---

---

para uso privado  
de la A. J. M.

Suplemento  
de  
«Lilium inter spinas»



## Oración preparatoria

¡Oh, Divino Redentor! Postrada sobre los escombros de un templo profanado, quisiera yo pasar, en íntima soledad, esta hora santa, tan devota y recogida como tal vez hubo pasado alguno de tus discípulos sobre la roca ensangrentada donde Tú, con sudor de sangre, la hiciste en Getsemaní.

La desolación, el silencio y el dolor que producen las ruinas de la que fue un día tu dulce y amada morada me ayudarían a sentir profundamente el abismo espantoso existente entre tu amor al hombre y el odio del hombre a Ti.

Procuraré hacerlo así con el pensamiento, ya que de hecho y en realidad tengo la dicha inestimable de acompañarte en este santo Monumento, donde eres reparado y amado por almas que han recibido la predilección de tu amor.

Dame, Señor, la gracia de conocer, en esta Hora Santa, el abismo que media entre el odio de tus enemigos, para llorarlo, la grandeza de tu amor, para agradecértelo, y la frialdad e indiferencia de tus amigos, para detestarlas (*Pausa*).



## PUNTO 1

### Odio de los enemigos

Ya de muy atrás venía notándose entre los príncipes de los fariseos y escribas una manifiesta envidia y aversión contra Jesús.

Apenas comenzado el Ministerio de su vida pública, encontró el Maestro divino la más sañuda oposición por parte de estos maestros de Israel. Lazos disimulados, en un principio, y abierta persecución después, que revelaba el odio más descarado y escandaloso de unos corazones ruines y perversos, los

cuales llegaron al extremo de fraguar el crimen de la muerte del Salvador que quedó definitivamente acordado (los días antes de ser apresado Aquél en el huerto de Getsemaní.

Llegó el Jueves Santo y el Sanedrín se reunió precipitadamente y a deshora en asamblea clandestina, quizás en casa de Anás o Caifás, y no en el lugar destinado que era el Templo.

El traidor Judas, el cual como infame espía, era el designado para fijar la oportunidad de aprehenderle, tomó la iniciativa y todos se pusieron a sus órdenes. Señaló el lugar, trazó los planes y el itinerario, recomendó gran cautela, dio la señal por la cual habían ele reconocerle. Pilatos dispuso su cohorte, a ella se unen los guardias del Templo, los criados de los pontífices y los trasnochadores de la calle. Se echa mano de toda clase de armas, de palos y de espadas, y a la hora señalada todo se pone

en marcha. El desventurado traidor, como experto guía, va a la cabeza. (*Pausa*).

Silenciosos, como ejército en emboscada, atraviesan las calles, con gran precaución.

Judas, alimentando en su vilísimo corazón bajos apetitos de insaciable avaricia, junto con el odio más infernal contra su Maestro, camina a la cabeza de aquella patrulla, inquieto, receloso, desconfiado y lleno de sobresalto. La gente que le sigue, en su mayoría, es indiferente y camina, movida tal vez por mera curiosidad; los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas, que cierran disimuladamente aquella trágica comitiva, van envueltos en sus mantos, repitiendo, quizás, aquellas memorables palabras del libro de la Sabiduría (Cap. II, 12-20). *Rodeémosle al justo, por cuanto que nos es inútil y es contrario a nuestras obras; nos arguye todos nuestros pecados contra la ley y divulga las faltas de nuestra conducta. Dice que él tiene la ciencia de Dios y se llama a sí*

*Hijo de Dios. Se ha hecho revelador de nuestros pensamientos. Ya hasta el verlo nos es enojoso, porque su vida es distinta a la de los hombres y sus caminos son opuestos. A nosotros nos tiene por gente ridícula y falsa, se aparta de nuestros caminos como de inmundicias y prefiere las humillaciones de los justos, gloriándose de que tiene por Padre a Dios. Veamos, pues, si son verdaderos sus dichos, hagamos prueba de las cosas que le van a venir y sabremos lo que es su fin; porque en verdad, si es Hijo de Dios, le defenderá y le libraré de las manos de sus enemigos. Llenémosle de ultrajes y de tormentos, para que probemos su reverencia y ensayemos su paciencia... Vamos a condenarle a la muerte más ignominiosa e infame, ya que, según sus palabras, será atendido. (Pausa).*

¡Oh, Señor! ¿No se ha repetido, mil veces en la historia, esta escena odiosa y criminal, ya contra tu divina persona, ya también contra tus fieles siervos? ¿No es exactamente ésta la conducta de tus enemigos en nuestra amada Patria en los presentes momentos?



Los escombros de estos templos destruidos, los humildes Sepulcros de esos mártires y héroes sacrificados, revelan hechos fraguados en asambleas clandestinas donde los enemigos de tu nombre han jurado acabar con tu persona y la última huella de tu vida y de tu Evangelio.

Paralelo a tu amor infinito viene, al través de los tiempos, sin interrupción alguna, desbordándose de ruines y mezquinos corazones, el odio más feroz a tu divina persona.

¡Cuántas veces, desde el fondo de los Sagrarios, has exhalado, sobre tantos pueblos, con lágrimas de ternura, aquel suspiro que un día solemne salió de tu amante corazón sobre la predilecta Ciudad de Jerusalem:! «¡Oh, Jerusalem, Jerusalem! ¡si tú conocieses, siquiera en este tu día, lo que le puede traerte la paz! mas ahora está encubierto a tus ojos».

Pero tan lejos estaban los pueblos de suponer un tan gran bien en su Dios que, precisamente, contra El soliviantaron las

masas y fraguaron en sus asambleas la muerte del Gran Justo.

Y el justo era un insigne prelado. El justo era un religioso santo, el justo era un sacerdote bienhechor de su pueblo, el Justo era un caballero cristiano, padre de los pobres, el justo, en una palabra, eras Tú mismo, oh, Jesús, en la persona de esos preclarísimos hijos. Y contra ellos y contra Ti, mansísimo Jesús, encendieron de odio sus entrañas y concibieron planes infernales. *(Pausa)*.

Y ¿por qué? Porque según el texto citado, «eras contrario a sus obras y echabas en rostro sus pecados y su mala conducta»... «descubrías sus malos pensamientos»,.. «tu vida era contraria a la suya y tus caminos diferentes y opuestos».

Por eso, dijeron: «Llenémosle de ultrajes y de tormentos... Condenémosle a una muerte ignominiosa y cruel».

«Éstas cosas pasaron, y erraron; porque les cegó su malicia».

Ellos son el populacho amotinado que ha gritado en las plazas y en las encrucijadas, como un día el pueblo judío frente al palacio de Pilatos: «Quita a Cristo y suelta a Barrabás»... «No queremos que éste reine sobre nosotros»... «No tenemos más rey que al César»... «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

¡Oh ceguera de los infelices que no Te han conocido ni han querido conocerte! Tres años resonaron a la continua tus prodigios en Jerusalem y Cafarnaúm... Diecinueve siglos han vuelto a resonar en el mundo entero tus maravillas, tus misericordias y tus amores. Y ni aquéllos ni éstos han querido reconocer tu divinidad, tu Evangelio y el reino de tu amor. (*Pausa*).

## PUNTO II

### El amor de Jesús

Avanza hacia el huerto santo de las olivas la fuerza armada; guiada por el miserable traidor y presidida por los príncipes de los sacerdotes y fariseos.

Y Jesús, pegado a la tierra, a la sombra de un olivo, agoniza en congojas de muerte, lleno de terror y de tristeza y de tedio y de abatimiento: sudando sangre por todo su cuerpo, y luchando terriblemente su espíritu superior con la debilidad de su naturaleza inferior.

Triste está su alma y atormentado horriblemente su amante corazón, que estalla de dolor, expulsando, con ímpetu misterioso, hasta deslizarse por el suelo, su preciosísima y divina sangre.

«¡Oh, Padre mío! -gime con infinito dolor- todo te es posible». «Pase de Mí este cáliz»... «¡Padre, si es posible...»!

¡Amarguísimo cáliz...! cáliz de largos y espantosos tormentos, cáliz de azotes... de espinas... de clavos... de bofetadas... cáliz de afrentas, de insultos, de humillaciones..., cáliz de los pecados del mundo que gravitan sobre sus hombros, cáliz de la condenación de un pueblo predilecto... cáliz de los abandonos, de las soledades, de las profanaciones y de los sacrilegios...

«Pero, Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya»... «no como Yo quiero, sino como Tú»... «*Fiat*, hágase tu voluntad».

Si tu voluntad es que yo beba entero y hasta sus heces, sin que una gota falte, el cáliz que me ofreces Padre mío, «*Fiat*», hágase así.

Pero que este cáliz no sea estéril e infructuoso; no sea para ruina y perdición de los infelices que me lo hacen beber. «Perdónales porque no saben lo que hacen».

Y Jesús, con infinito amor, se ofrece a su Padre y, tal vez, repite la oración que, momentos antes, había hecho en el Cenáculo

o a la entrada de huerto (S. Juan, XVII)  
«Padre, llega la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique... Yo te he glorificado sobre la tierra; he terminado la obra que me encargaste hacer... He manifestado tu nombre a los hombres, que Tú me has dado del mundo... Por éstos te ruego ... por los que me has dado, porque son tuyos...; guárdalos, por tu santo nombre... para que sean una cosa, como lo somos nosotros. Mientras estaba Yo con ellos, Yo los guardaba en tu nombre... Pero ahora voy a Ti... Yo les he dado tu palabra y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del malo... Yo me sacrifico por ellos, para que sean consagrados con la verdad...»

Mas no sólo te pido por ellos, sino también por los que han de creer en Mí... a fin de que todos sean una cosa, como Tú, oh, Padre, en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean una cosa con nosotros. Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la

unidad y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado a ellos, como me has amado a Mí. Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde Yo estoy, a fin de que contemplen mi gloria»

¡Qué bondad y qué amor el vuestro, Jesús mío!

Los hombres se confabulan para decretar con apariencias legales, tu muerte en un infame patíbulo y Tú, entre tanto, negocias, lleno de amor y de misericordia, su salvación, ofreciéndote en holocausto de expiación por sus pecados, a tu santísimo Padre.

Ellos, ingratos, con sus crímenes, provocan la ira divina contra los hijos disidentes; y Tú, para aplacarla, con un «Fiat» generoso, te constituyes víctima de amor por aquéllos, cabalmente, cuyo odio te va a sacrificar.

Ellos, con satánico furor, avanzan sigilosamente por el valle, hacia el huerto santo, para echarte sus cadenas y arrastrarte al patíbulo de la cruz. Pero Tú, con infinito

amor y lleno de compasión y misericordia, soltarás tus venas, para derramar, por propia voluntad, tu divina sangre, como primicia de la redención de ellos, queriendo, en cierto modo, adelantar a tu Padre su rescate por el crimen de deicidio que van a consumir.

Ellos, sedientos de tu sangre, que no les importa que caiga sobre sus cabezas, van a su propia desventura y Tú, sediento de amor, con infinita ternura la derramas por ellos y por sus hijos.

¡Oh, ruindad incalificable de un pueblo cegado por su propia malicia! ¡Oh, misterio de amor infinito de un Redentor cuya misericordia no excluye a los verdugos que con perfidia le condenan y le ejecutan! (*Pausa*).

Vuelve, ¡oh, alma mía! y contempla aquí ese piadoso momento y allí, en místico Getsemaní, ve a tu divino Redentor Jesucristo, postrado humildemente ante el acatamiento de su Eterno Padre.



Es aquel mismo Jesús, que en tierras donde es dueño y señor su eterno enemigo, es llevado, dentro de una caja de pastillas, por un sacerdote, disfrazado de verdugo. Es aquel Jesús que entra en la celda de un héroe prisionero, en el interior de un sello o tableta de aspirina. Es aquel mansísimo Cordero que habla entre los escombros de un templo profanado. Es aquel Nazareno, de nuevo abofeteado, escupido, escarnecido, blasfemado, azotado, coronado y crucificado por salvajes perseguidores. Es aquel Corazón alanceado por la traición de hijos que han renegado de su bondad y de su amor infinito.

Y ese Jesús, en cuyas dolorosas agonías de Getsemaní cayeron, como peso abrumador, hechos tan monstruosos y en cuyas mortales tristezas y angustias repercutieron estas humillaciones, sacrilegios, odios, persecuciones y martirios sin cuento, perpetrados y repetidos en nuestra maltratada Patria; ese Jesús, para quien todavía una parte de esta nación es tristísimo Getsemaní... gime en oración

humilde y confiada y suplicante, repitiendo las palabras que un día brotaron de sus labios divinos entre las angustias del Huerto santo «*Pater... transeat calix iste*». Padre amoroso, pase pronto este amargo y doloroso cáliz, que Yo he apurado y que hoy hacéis apurar a tantos de vuestros hijos...

«*Sálvame* -seguiré diciendo, con el Profeta real- *sálvame, Padre, porque han entrado las agua hasta mi alma. Sumergido estoy en el cieno del profundo y no hay consistencia. Me cansé de dar voces, enronqueciéronse mis fauces; desfallecieron mis ojos mientras espero en (Ti) mi Dios. Se han multiplicado sobre los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin razón. Se han robustecido mis enemigos, que me persiguen injustamente. Soy inocente y soy tratado como reo... Por tu causa he sufrido afrenta, cubrió la vergüenza mi rostro... He sido hecho extraño a mis hermanos y forastero a los hijos de mi madre... Cubrí con ayuno mi alma y puse cilicio por vestido y se me convirtió en afrenta y en fábula para ellos. Contra Mí hablaban los que se*

*sentaban a la puerta y me dirigían coplas los que bebían vino.*

*Pero Yo dirijo a Ti mi oración, oh mi Dios... Óyeme, según la muchedumbre de tu misericordia, sácame del lodo... líbrame de aquellos que me aborrecen... No me anegue la tempestad ni me trague la sima... Óyeme, Señor, porque benigna es tu misericordia... No apartes tu rostro de tu Hijo, porque estoy atribulado; óyeme prontamente... Atiende a mi alma y líbrala de mis enemigos... A tu vista están todos los que me atribulan... Esperé que algunos se entristeciese conmigo y no lo hubo; y que alguno me consolase y no lo hallé (Salmo 68).*

¡Oh, Jesús, perseguido y atribulado! Buscas consoladores entre vuestros amigos y no los hubo; en cambio, los enemigos sean confabulado contra Ti. La Historia se repite; así hoy y así un día en el Huerto.

## PUNTO III

### Indiferencia de los amigos

Vuelve, alma mía, tu pensamiento y tu corazón al Monte santo de las Olivas... Jesús levanta su fatigado cuerpo; alza sus ojos desencajados, que instintivamente buscan un alivio, y, estremeciéndose con el escalofrío de la agonía, se dirige al arrimo de sus fieles amigos, repitiendo, tal vez, en el trayecto: «¡Ay! ¡Estoy triste! ¡Triste está mi alma! ¡Triste mi Corazón!...»

Y al acercarse... ¡Oh, desengaño amargo! Sus íntimos, a quienes de la manera más clara y elocuente había descubierto las tristezas mortales de su alma, insensiblemente se han dormido. Los contempla con dolor... comparando su actitud con la de su traidor e infiel apóstol Judas, que no duerme, y, así, su angustia se acrecienta... ¡No tengo un amigo fiel! ¡Oh,

Padre! ¡oh Madre! ¿dónde estáis? ¡Qué solo estoy!

E inclinándose extiende su mano y sacude dulcemente a Simón Pedro, diciéndole al oído: «Simón, ¿duermes?» Pedro abre sus ojos y, avergonzado y confundido, mira a su amado Maestro sin atreverse a pronunciar una palabra. Y dícele Jesús: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?» ¡tan ferviente y generoso en promesas y tan flaco, insensible y ruin en las obras!... Velad y orad para que no entréis en tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.

Y tú, Juan, que tan preferido y amado eres de tu amado Maestro, tú que has llegado a sentir las violentas sacudidas y palpitations del Corazón de tu Maestro, cuando sobre Él has recostado tu cabeza, tú, Juan, ¿también duermes? ¿así pagas sus predilecciones? ¿así correspondes a sus finezas? ¿así vuelves amor a Quien con exceso te ha distinguido con el suyo?

¡Oh, divino Maestro! ¡qué pequeño, qué flaco, qué ingrato es el corazón humano! ¡qué poco te ha valido, en esta ocasión, la predilección de cariño con que previniste los corazones de tus más íntimos escogidos! ¡Oh! ¿dónde hallarás alivio a tu dolor, consuelo a tus penas y tristezas y aliento y valor a tus grandes flaquezas sino en tu Eterno Padre?

Y, vuelto a su soledad, Jesús sigue orando. (*Pausa*).

¡Oh, sí, alma mía, también ahora sigue Jesús orando al Padre, aquí en este piadoso Monumento y allí lejos, en los campos enemigos, en los escondrijos a donde almas buenas lo han escondido para librarle de las profanaciones y sacrilegios y... en las cloacas a donde manos inmundas e impías lo han arrojado, y entre ruinas de mil templos saqueados, profanados y destruidos... Ora Jesús... ¡Ora Jesús, en místicas agonías, en esos solitarios y tristísimos Getsemanís en que se han trocado hoy en España tantos y tan ricos y tan dulces Cenáculos!

Y, entre tanto,... ¡Oh, confusión!... sus amigos, sus preferidos en gracia y amor, a pocos pasos de su terrible soledad, duermen, insensibles, en el olvido culpable de su deber y de sus promesas...

Duerme, sí, esa alma que no quiere molestarse en madrugar un poco más para oír con fervor una misa diaria, y duerme aquélla que no comulga todos los días con especial piedad, fe y amor, y duerme esa otra que, por lo menos, un cuarto de hora no es capaz de acompañar, íntimamente, en su Sagrario, a Jesús, su eterno amigo, y duermen ¡oh, sí! y acaso levantan bandera de rebelión, aquellas personas que, con escándalo de otras, se dejan arrastrar de la gula, del regalo, del lujo. de la inmodestia, de la sensualidad, del espectáculo y del libro licencioso...

¡Oh, dolor! ¡Oh, insensibilidad del humano corazón! ¡Duermen los amigos de Jesús y se entregan al capricho, a la vanidad y al placer cuando Él, el Amigo-Dios, con lágrimas de sangre, llora la desolación de la

tierra, la destrucción y profanación de su Casa, de sus templos, la muerte cruel de innumerables sacerdotes, religiosos y piadosos seglares y la espantosa orfandad de su amada Iglesia, llora los males de su pueblo querido; llora el extravío y la apostasía de muchas almas y la perdición y condenación de otras innumerables, que mueren de espaldas a la Redención. *(Pausa)*.

Pero, ¡oh, Jesús dulce y amado! ¡Basta de llanto y consuélate! Una legión de almas te seguimos en esta soledad de tu amargo Getsemaní. Nosotras, con el poder de tu gracia, dispuestas a velar junto a Ti, oramos contigo. ¡Oh, no, no estarás solo porque nosotras hemos jurado seguirte no sólo en la gloria del Tabor y del Cenáculo sino también en el sacrificio de Getsemaní y del Gólgota!

Como Tú con un «Fiat» generoso y leal nos hemos ofrecido al sacrificio. De espaldas al mundo, por la pureza, y mártires en el sacrificio por la abnegación y el



vencimiento y la austeridad de Getsemaní-Gólgota, te amaremos con amor de serafín, pidiendo tu triunfo y tu Reino de amor en España y en el mundo.

Unidas a Ti, en este místico Huerto Santo, velamos y oramos, escúchanos, Señor, y presenta ante el Trono de tu Eterno Padre nuestros gemidos, que son los que un día salieron de la boca de tu real Profeta y que nosotras repetimos en esta soledad: *«¡Oh, Dios, vinieron las naciones a tu heredad, contaminaron tu santo templo, redujeron a Jerusalem en cabaña de guardar frutas. Dieron los cadáveres de tus siervos por comida a las aves del cielo: las carnes de tus santos a las bestias de la tierra. Derramaron la sangre de ellos, como agua alrededor de Jerusalem, y no había quien sepultase. Hemos sido hechos el oprobio, el escarnio y la befa de aquéllos que están alrededor de nosotros. ¿Hasta cuándo, Señor, te enojarás por siempre y se encenderá como fuego tu celo? Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre, porque han devorado*

*a Jacob, han asolado su habitación. No te acuerdes de nuestras maldades antiguas, anticipéense a nosotros, prontamente, tus misericordias, porque hemos quedado pobres en demasía. Ayúdanos, Dios, Salvador nuestro, y por la gloria de tu Nombre, Señor, líbranos y sé propicio a nuestros pecados por amor de tu Nombre. Entre en tu presencia el gemido, de los presos. Según la grandeza de tu brazo, conserva a los hijos de los que han sido muertos y nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu rebaño, te alabaremos siempre y de generación en generación, anunciaremos tus alabanzas».*

¡Oh, sí, te confesaremos y te anunciaremos como Amigo y Esposo y Rey de amor. Tú, Señor, nos salvarás, lo has prometido, y Tú reinarás. Contra todas las potestades infernales que se han desatado para vencerte:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

Una Sinagoga de poderosos persiguen nuestras almas, redimidas por tu preciosa

sangre, pero vencida por tu brazo omnipotente:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

Sectas anti-sociales y anti-cristianas, luchan contra la justicia y contra tu Evangelio; pero los héroes que te siguen las humillarán en la derrota, y entonces:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

Los templos destruidos por odio a tu amor han sido convertidos en pedestales de Satán, pero los que te aman, Jesús, los devolverán a tu culto y en ellos:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

Las moradas de la virginidad son profanadas sacrílegamente y destinadas a la más grosera sensualidad, pero, purificadas de nuevo por la sangre de tus mártires, volverán a ser jardines de pureza, y allí:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

Los «sin Dios», verdugos inhumanos, han martirizado, por odio a Ti y a tu nombre, innumerables víctimas inocentes, pero ¡Oh generosidad cristiana! su sangre, sangre redentora, redimirá los pecados de todos los que, arrepentidos, te confiesan y hasta en sus almas:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

Sí, Jesús amigo, creemos firmemente en tu promesa; cuando queden en silencio las máquinas de guerra y los hombres de buena voluntad se den el abrazo de reconciliación y de fraternidad cristiana; en vez del avión cargado de venganza, cruzará los espacios la blanca paloma mensajera de la paz en la nueva vida, y entonces:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

En la escuela y en la academia, en la tribuna y en el bufete, en los Códigos y en las Leyes, en el Libro y en la Prensa, en la fábrica, taller y oficina, en el palacio y en la cabaña, en la población y en la soledad...

será faro iluminador la luz de tu Santo Evangelio, y allí:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

El niño con su candor, el joven con sus ardores, el mayor con su reflexión madura y el anciano con su experiencia, pondrán en Ti su mirada, y en sus corazones:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor.*

El legislador y el guerrero, la autoridad y el súbdito, el negociante y el pacífico rentista, el amo y el obrero, el padre y los hijos, el rico y el pobre... todos, en la paz de Cristo, buscarán el Reino de Cristo y entonces, sí, entonces:

*¡Oh, Corazón divino! Tú reinarás por amor. Amén.*

San Sebastián 19 de Marzo de 1938.

ANTONIO AMUNDARAIN.

